

Conversación sobre Federico García Lorca

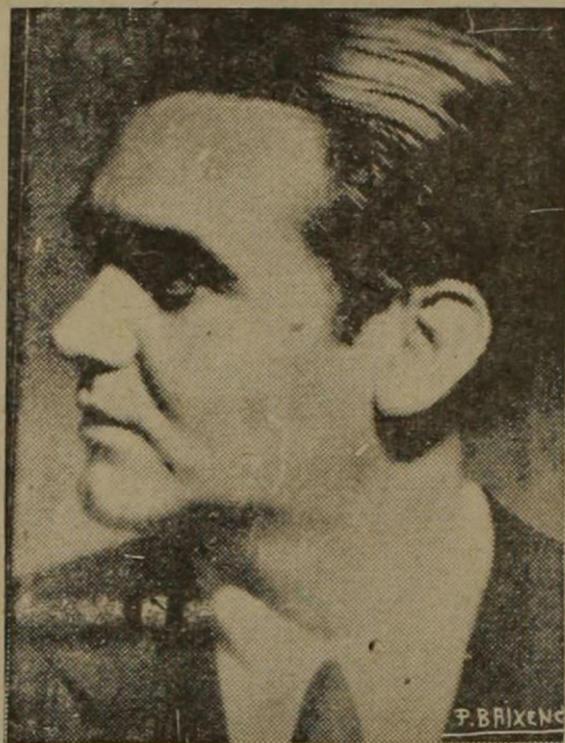
Colaboración de Juan MARINELLO

(En Rep. Amer.)

Quien no conoció a Federico García Lorca quedará siempre a medio camino en el entendimiento de su singularidad. Desde luego que la firme excelencia de su obra, que lo sitúa entre los grandes poetas de su tierra y muy en línea con Manrique y Garcilaso, Góngora y Quevedo, no se amenguará con el paso del tiempo. Los que lo lean hoy o mañana sentirán sin duda la presencia de aquella fuerza rebelde y fiel hecha de una grossa encarnación de los viejos jugos de su tierra; pero no gozarán del espectáculo prodigioso de sentir hacer esa fuerza del hombre profundo y radiante.

La presencia de Federico era como la evidencia y la fatalidad de su poesía. Aquella irradiación de niñez defendida, aquella sabiduría inspirada, aquella vieja y naciente alegría no podían describirse sino en su poema y en su farsa. Nunca ante un escritor he tenido la revelación de que había nacido para darnos la obra que le conocíamos y la impresión de que su llegada al mundo se justificaba con ello. De ahí viene que no lo pueda leer sino en su misma voz y en su mismo gesto, en aquel asombro irrisantil de su propia pena, que fué su encanto mayor.

En otra parte he dicho cómo la estancia habanera de Federico García Lorca fué el más gozoso deslumbramiento. Había muchas razones para ello. Federico estaba en un instante hermoso. go-



Federico García Lorca

zaba la conciencia de su victoria, la sabía de auténtica hondura, porque la había alcanzado como hijo legítimo de su tierra; sentía crecer bajo su sangre las conquistas futuras; había dado con raras hallazgos, pero sabía que le esperaban otros mayores. Había tocado el gusto de una gloria que sabía duradera, pero nadaba en el gozo de un adolecencia prolongada que recibía cada triunfo con virginal alborozo. A lo radioso de su instante hacían coro las gracias del ambiente. Lo andaluz es lo más cercano a lo criollo, en su arranque europeo. Y lo negro posee subterráneas comunicaciones con lo gitano, dentro de sus diferencias radicales. Federico encontraba un molde ajustado y gozoso en la Cuba de 1930. La isla fué para él como el puente de un velero resonante. Venía del New York violento y sombrío, que tan hondamente lo había removido, partía hacia sus singulares y durables hazañas teatrales; se prometía el conocimiento ahincado y moroso de las tierras hispanoamericanas; soñaba con París, universalizador seguro de su valía; adivinaba su tarea de inquieta madurez entre las misteriosas sollicitaciones de su Andalucía maternal.

En aquella oportunidad dichosa conocí al poeta. Nuestra amistad fué breve e intensa y tengo de ella pruebas y recuerdos que quiero recoger aquí. Algunas cosas de las que rememore nos darán un poco, un poco nada más, del muchacho milagroso, tocado de singulares gracias; otras tendrán cierto valor do-

cumental, que ofrezco como un deber a los muchos que en el ancho ámbito hispánico se ocupan hoy de compilar su obra, de editar su verso y su teatro, de conocerle la intimidad creadora, de entender mejor algún aspecto de su arte, a la vez claro y barroco, popular y culto.

Guardo entre mis libros un ejemplar de las *Canciones* de Federico como una prenda invaluable. El libro es el recuerdo de una tarde de fraternal camaradería. Federico llegó a mi casa en las horas del mediodía; salió muy entrada la noche. Mientras hablábamos de todo y de todos, dibujaba con lápices de colores las páginas de su libro. Quiero que veas, me decía, que soy mucho mejor pintor que poeta. Pensó primero dejar en sus *Canciones* algunos rasgos sugestivos; pero fué animándose en la tarea y dejó al fin, escoltando sus poemas, estampas primorosas. Debajo de la dedicatoria cordialísima escribió: "con cuatro dibujos y dos más". Lindos son los dibujos, tocados de su dueño inseparable. No los he visto mejores de su mano. Bien se ve que no fué la pintura su violín de Ingres sino el costado gráfico de su gracia lírica; la atusión irónica de su propia fuerza creadora. Al entregarme el libro, Federico me explicó un poco sus dibujos; y cada explicación valía los trazos y les añadía historia y poesía: eran las frutas alegres de sus campos inventados, la señorita romántica transitando por la alameda a media luz con una sola palabra en los labios: amor; la muchacha andaluza



El joven que no dió a tiempo las bofetadas

Dibujo de Fed. García Lorca



Amor

Dibujo de Fed. García Lorca